

los restos de un hombre y de una mujer. No dudó  
 fuesen los del sacerdote y la virgen, tal vez enterra-  
 dos por los ángeles en aquellos lugares, y envolvién-  
 dolos en pieles de oso, volvió á tomar el camino de  
 su patria, llevando consigo los preciosos restos, que  
 resonaban sobre su espalda como el carcaj de la  
 muerte. Al llegar la noche, poniólos bajo su cabeza,  
 y se veía rodeado de gratos ensueños de amor y de  
 virtud. ¡Extranjero! Aquí puedes contemplar este  
 polvo, con el del mismo Chactas.»

Cuando la india hubo pronunciado estas palabras,  
 me levanté, y acercándome á aquellas sagradas ceni-  
 zas, me arrodillé en silencio ante ellas. Luego, ale-  
 jándome con acelerados pasos, exclamé: «¡Así pasa  
 en la tierra todo lo bueno, virtuoso y sensible! ¡Hom-  
 bre! No eres otra cosa que un rápido sueño, una do-  
 lorosa fantasía; no existes sino para el mal; no tie-  
 nes otro valor que el de la tristeza de tu alma, y la  
 eterna amargura de tus pensamientos!»

Estas reflexiones me ocuparon toda la noche, y al  
 amanecer del día siguiente mis huéspedes se alejaron

de mí. Los guerreros jóvenes abrian la marcha, y las  
 esposas la cerraban; los primeros iban cargados con  
 las santas reliquias de sus ascendientes, las segundas  
 llevaban sus tiernos hijos, y los ancianos caminaban  
 lentamente en medio, colocados entre sus abuelos y  
 su posteridad, entre los recuerdos y la esperanza, en-  
 tre la patria perdida y la que se prometían hallar. ¡Oh!  
 ¡Cuántas lágrimas se derraman cuando se abandona de  
 esta manera la tierra natal, y cuando desde lo alto de  
 la colina del destierro se descubren por última vez el  
 techo á cuya sombra nacimos, y el rio de la cabaña,  
 que continua deslizándose tristemente á través de los  
 yermos campos de la patria!

¡Indios sin ventura, á quienes he visto vagar por  
 los desiertos del Nuevo-Mundo, cargados con las ce-  
 nizas de vuestros padres; vosotros me habeis conce-  
 dido hospitalidad á pesar de vuestra miseria. Yo no  
 puedo devolvéroslos hoy, porque vago tambien á mer-  
 ced del capricho de los hombres; pero menos feliz  
 que vosotros en mi destierro, no llevo conmigo los  
 huesos de mis padres!

FIN DE LA ATALA

# EL RENE,

POR EL VIZCONDE DE CHATEAUBRIAND

TRADUCIDO

POR DON MANUEL M. FLAMANT.



CHATEAUBRIAND.

MADRID.  
 IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES,  
 calle del Principe núm. 4.  
 1854.





## EL RENÉ.

Al llegar al país de los Natchez, René se había visto precisado á elegir esposa, para conformarse con las costumbres indias; pero no vivia á su lado, pues una oculta propension á la melancolía le arrastraba á lo mas intrincado de los bosques, donde pasaba solo dias enteros, pareciendo salvaje á los salvajes mismos. A excepcion de Chactas y del padre Souël, misionero en el fuerte de Rosalia, habia renunciado al trato de los hombres. Estos dos ancianos ejercian mucho ascendiente sobre su corazon: el primero por su amable indulgencia, y el segundo por su extremada severidad. Desde la caza del castor, en la que el ciego saquem habia contado sus aventuras á René, este se negara constantemente á referir las suyas. No obstante, Chactas y el misionero descaban con vehemencia conocer el infortunio que habia obligado á un europeo jóven y bien nacido, á adoptar la extraña resolucion de sepultarse en los desiertos de la Luisiana. René habia atribuido siempre su obstinacion en no hablar de sí mismo, al escaso interés de su historia, limitada, segun decia, á sus ideas y sentimientos. «Respecto del acontecimiento que me ha determinado á trasladarme á América, dijo un dia, debo condenarlo á un eterno olvido.»

Algunos años transcurrieron sin que los dos ancianos consiguiesen arrancarle su secreto; pero una carta recibida de Europa, por el correo de las misiones extranjeras, exasperó de tal modo su habitual tristeza, que huia de sus viejos amigos, quienes le instaron con gran ahinco que les abriese su corazon; y al efecto emplearon tanta discrecion, dulzura y autoridad, que al fin se creyó obligado á complacerlos. Señalóse, pues, el dia en que debia referirles, no las aventuras de su vida, puesto que no las tenia, sino los recónditos secretos de su alma.

El 21 del mes que los salvajes denominan la *luna de las flores*, René se trasladó á la cabaña de Chactas,

y dándole el brazo, le condujo á la sombra de un safrás, áorillas del Meschacébé; el padre Souël no tardó en acudir á la cita. Despuntaba la aurora, y á escasa distancia se dejaban ver en la llanura la ciudad de los Natchez, con su bosquecillo de moreras y sus cabañas que se asemejaban á unas colmenas. La colonia francesa y el fuerte de Rosalia se mostraban á la derecha, sobre la margen del rio. Las tiendas de campaña, las casas á medio construir, las fortalezas empezadas, los desmontes cubiertos de negros, y los grupos de blancos é indios, presentaban en aquel reducido cuadro el contraste de las costumbres sociales y salvajes. A Oriente, y en el fondo de la perspectiva, el sol empezaba á levantarse sobre las desiguales cimas de los Apalaches, que se destacaban á manera de inmensos caracteres azules en las doradas alturas del cielo; al Occidente, el Meschacébé deslizaba sus ondas en medio de un magnífico silencio, formando con una grandeza superior á toda descripcion, el marco de tan sorprendente cuadro.

El jóven y el misionero admiraron durante algun tiempo aquella hermosa escena, no sin deplorar que el saquem no pudiese ya gozar de ella. Luego, el padre Souël y Chactas se sentaron sobre el césped al pié del safrás; René se colocó en medio de ellos, y despues de un momento de silencio habló en estos términos:

«No puedo reprimir un movimiento de vergüenza, al empezar mi relato. La paz de vuestros corazones, respetables ancianos, y la calma solemne de que nos rodea la naturaleza, hacen que la vana agitacion de mi alma me cause un vivo rubor.

«¡Cuánto habreis de compadecerme! ¡Cuán mezquinas os parecerán mis eternas inquietudes! Vosotros, que habeis agotado todas las amarguras de la vida, ¿qué pensareis de un jóven sin fuerza y sin virtud, que encuentra en sí mismo su tormento, y que solo puede



quejarse de los males que á sí mismo se ha causado? ¡Ah! ¡No le condeneis, que asaz castigado ha sido!

»Recibí mi vida á expensas de la de mi madre, y salí de su seno merced á extremos recursos. Tenía un hermano, que mi padre bendijo porque veía en él su primogénito, mientras yo, entregado desde mis primeros años á manos extrañas, fui criado lejos del techo paterno.

»Mi carácter era impetuoso y desigual. Alternativamente bullicioso y alegre, ó taciturno y triste, ora reunía en mi rededor á mis jóvenes compañeros, ora los abandonaba súbitamente é iba á sentarme lejos de ellos, para contemplar la nube fugitiva, ó la lluvia que resonaba en el follaje.

»Todos los años á la entrada del otoño, iba á la casa de mi padre situada en medio de un bosque y á la inmediación de un lago, en una apartada provincia.

»Tímido y sin espansion en presencia de mi padre, solo hallaba desahogo y contento al lado de mi hermana Amelia, pues una dulce conformidad de genio y de inclinaciones me unía estrechamente á ella, cuya edad excedía en poco la mía. Nos complacíamos en trepar juntos por las colinas, en bogar por el lago, y en recorrer los bosques á la caída de las hojas: gratos paseos cuyo recuerdo inunda aun mi alma de delicias. ¡Ilusiones de la niñez y de la patria! ¿Cómo despojaros de vuestra dulzura?

»Ora marchábamos en silencio prestando oído al sordo murmullo del otoño, ó al rumor de las hojas secas que arrastrábamos tristemente á nuestro paso; ora seguíamos en nuestros inocentes juegos, la golondrina en la pradera, ó el arco iris en las colinas humedecidas por la lluvia; y algunas veces recitábamos versos, porque nada hay mas poético que un corazón de diez y seis años, en toda la lozanía de sus pasiones. La mañana de la vida, á semejanza de la del día, se ostenta llena de pureza, de imágenes y armonías.

»Los domingos y los días festivos oía en los bosques, á través de los árboles, el sonido de la campana distante, que llamaba al templo al hombre de los campos, y apoyado en el tronco de un añoso olmo, escuchaba en silencio aquel piadoso tañido. Cada vibración del bronce reproducía en mi alma sencilla la inocencia de las costumbres campestres, la calma de la soledad, los encantos de la Religión y la deleitosa melancolía de los recuerdos de mi primera infancia. ¡Oh! ¿Qué corazón, por duro que sea, no ha latido alguna vez al oír las campanas de su lugar natal, de esas campanas que sonaron jubilosas sobre su cuna, que anunciaron su entrada en la vida, que señalaron el primer latido de su corazón, que publicaron en todos los vecinos lugares la santa alegría de su padre, y los dolores y las alegrías, aun mas inefables, de su madre? Todo se encuentra reunido en las encantadas abstracciones en que nos sumerge el eco de esa campana: la Religión, la familia, la patria, la cuna y el sepulcro, el pasado y el porvenir.

»Es verdad que Amelia y yo gozábamos mas que otro alguno de esas ideas graves y tiernas, porque ambos sentíamos en el corazón cierto fondo de tristeza, debido á Dios ó á nuestra madre.

»Así transcurrían los días, cuando mi padre se vió acometido de una enfermedad que le condujo en pocos á la tumba. Espiró en mis brazos, y esto me enseñó á conocer la muerte en los labios del que me había dado la vida. Aquella impresion fue tan vehemente que aun no se ha borrado en mí; entonces se presentó á mi vista por vez primera la inmortalidad del alma, pues no pude creer que este cuerpo inanimado fuese en mí el autor del pensamiento, y advertí que debía proceder de mas alto origen; sumido, pues, en un santo dolor, no exento de alegría, esperé reunirme un día al espíritu de mi padre.

»Otro fenómeno me confirmó en tan elevada idea. Las facciones de aquel adquirieron en el féretro cier-

to sello de sublimidad. ¿Por qué no será un claro indicio de nuestra inmortalidad este asombroso misterio? ¿Por qué no se encerrará en la tumba alguna gran visión de la eternidad?

»Amelia, abismada en su dolor, se había retirado á lo mas oculto de una torre, desde donde oía resonar, bajo las bóvedas de la gótica morada, el canto de los sacerdotes y el fúnebre doblar de la campana.

»Acompañé á mi padre á su último asilo, y la tierra se cerró sobre sus despojos; la eternidad y el olvido le abrumaron con todo su peso, y aquella misma tarde todos hollaban indiferentes su huesa, que á excepcion de sus hijos, nadie sabia si había existido.

»Siendo forzoso abandonar el techo paterno, que pasó á ser la herencia de mi hermano, me retiré con Amelia á la casa de unos ancianos parientes.

»Detenido á la entrada de las engañosas sendas de la vida, examiné unas tras otras sin resolverme á entrar en ellas. Amelia me hablaba con frecuencia de la felicidad de la vida religiosa, y cuando me decía que yo era el único lazo que la ligaba al mundo, sus miradas se fijaban en mí con marcada espresion de tristeza.

»Conmovido el corazón por estas piadosas conversaciones, solía encaminarme á un monasterio inmediato á mi nueva morada, y hubo un momento en que me sentí inclinado á ocultar en él mi anómala existencia. ¡Felices aquellos que han terminado su travesía sin haber abandonado el puerto, ni haber arrastrado como yo, inútiles días sobre la tierra!

»Los europeos, agitados sin cesar, sienten la necesidad de construirse soledades, porque cuanto mas tumultuoso y ardiente es nuestro corazón, tanto mas nos atraen la calma y el silencio. Los asilos abiertos en mi patria á los desgraciados y á los débiles, suelen estar ocultos en esos valles que insinúan en el corazón el vago sentimiento del infortunio y la esperanza de un abrigo; algunas veces se les descubre tambien en parajes elevados, donde el alma religiosa, á semejanza de una flor de montaña, parece elevarse al cielo para ofrecerle sus perfumes.

»Pareceme ver aun la magestuosa mezcla de las aguas y los bosques de aquella antigua abadía, donde me proponía sustraer mi vida á los caprichos de la suerte; creo vagar aun al declinar el día, por aquellos solitarios claustros que resonaban bajo mis pasos. Cuando la luna alumbraba escasamente las columnas que sostenían los arcos, y proyectaba su sombra en la opuesta pared, me detenía á contemplar la cruz que sellaba el campo de la muerte, y las altas yerbas que crecían entre las losas sepulcrales. Hombres que habiendo vivido lejos del mundo, habeis pasado del silencio de la vida al silencio de la muerte; ¡cuán profundo hastió á las cosas de la tierra inspiran á mi corazón vuestros sepulcros!

»Bien fuese natural inconstancia, bien cierta aversión á la vida monástica, es lo cierto que mudando de propósito, me resolví á viajar. Despedime de mi hermana, que me estrechó en sus brazos con un movimiento parecido á la alegría, como si se juzgase feliz al separarse de mí: al ver esto, no pude menos de entregarme á una amarga reflexion acerca de la inconsecuencia de los afectos humanos.

»No obstante, me lancé solo y lleno de ardor al proceloso océano del mundo; océano cuyos puertos y escollos me eran igualmente desconocidos. Primero visité los pueblos que ya no existen: sentéme en las ruinas de Roma y Grecia, países de colosal é ingeniosa memoria, donde los palacios yacen sepultados en el polvo, donde los mausoléos de los reyes se ocultan debajo de las malezas. ¡Oh poder de la naturaleza, y debilidad del hombre! la desdeñada yerba taladra los mármoles de esos sepulcros, que sus muertos, tan poderosos un día, no levantarán jamás.

»Algunas veces veía alzarse solitaria en un desierto

una erguida columna, bien así como se eleva de tiempo en tiempo una idea gigantesca en un alma devorada por el tiempo y la adversidad.

»He meditado sobre esos monumentos en todos los accidentes y á todas las horas del día. Ya ese mismo sol que había visto abrir los cimientos de aquellas ciudades, se ponía magestuosamente á mis ojos sobre las ruinas; ya la luna, levantándose en un cielo sin nubes, entre dos urnas cinerarias medio rotas, me descubría los pálidos sepulcros. Muchas veces he creído ver el genio de los recuerdos sentado pensativo á mi lado, á la luz de ese astro que alimenta los dulces ensueños del alma.

»Cansado al fin de escudriñar los sepulcros, donde removía con desconsoladora frecuencia el polvo de los crímenes, quise saber si las razas vivientes me ofrecerían mas virtudes ó menos vicios que las razas exterminadas. Recorriendo cierto día una gran ciudad, al pasar á espaldas de un palacio, vi en un patio retirado un desierto una estatua que señalaba con el dedo un lugar famoso por un gran sacrificio (1). El hondo silencio, de aquellos lugares despertó en mí una viva sorpresa, pues solo el viento gemía en torno del mármol trágico. Algunos jornaleros estaban tendidos con indiferencia al pié de la estatua, ó silbaban al labrar las piedras. Preguntéles qué significaba aquel extraño monumento: unos empero apenas pudieron decirme, al paso que otros ignoraban la catástrofe que representaba. Nada me ha dado una medida mas exacta de la vanidad de los acontecimientos humanos, y de lo poco que valemos. ¿Qué es hoy de esos personajes que de tanto estrépito se rodearon? Inexorable el tiempo ha dado un paso, y la faz de la tierra ha sido renovada.

»En mis viajes busqué especialmente los artistas y esos hombres superiores que cantan los dioses en su lira, y la felicidad de los pueblos que honran las leyes, la Religión y las tumbas.

»Esos cantores pertenecen á una raza divina, pues poseen el único talento incontestable con que el cielo ha embellecido la tierra. Su vida es á la vez sencilla y sublime; celebran los dioses con labios de oro, y son los mas candorosos de los hombres; hablan como los inmortales ó como niños sin doblez; explican las leyes que rigen el universo, y no aciertan á comprender los negocios mas triviales de la vida; tienen maravillosas ideas acerca de la muerte, y mueren sin apercibirse de ella, cual los recién-nacidos.

»En los montes de la Caledonia, el último bardo que se ha hecho oír en sus bosques, me cantó los poemas con que un héroe consolaba en otro tiempo su vejez. Estábamos sentados sobre cuatro piedras carcomidas por el musgo; á nuestros piés se deslizaba un torrente; el cabritillo triscaba á alguna distancia entre las ruinas de una torre, y el viento de los mares silbaba ronco en los matorrales de Cona. Ahora, la religion cristiana, hija tambien de las altas montañas, ha colocado cruces sobre los monumentos de los héroes de Morven, y ha pulsado el arpa de David á orillas del mismo torrente donde Osian hacia suspirar la suya. Tan pacífica cuánto eran guerreras las divinidades de Selma, apacenta rebaños donde Fingal empeñaba combates, y puebla de ángeles de paz las nubes que un día habitaban fantasmáticas homicidas.

»La antigua y risueña Italia me presentó la multitud de sus obras maestras. ¡Con cuán santo y poético respeto vagaba por aquellos espacios edificios consagrados á las artes por la Religión! ¡Qué laberinto de columnas! ¡qué dilatada serie de arcos y bóvedas!... ¡Cuán solemnes y propicios á la inspiracion son esos rumores que se escuchan en derredor en las grandiosas basílicas, rumores parecidos al sordo es-

(1) En Londres, detrás de White-Hall, la estatua de Carlos II.

truendo de las olas del Océano, á los murmullos del viento en los bosques, ó á la voz de Dios en su templo! El arquitecto construye, por decirlo así, las ideas del poeta, y las hace perceptibles á los sentidos.

»No obstante, ¿qué había hallado hasta entonces, á pesar de tantas fatigas? Nada cierto entre los antiguos, nada hermoso entre los modernos. El pasado y el presente son dos estatuas incompletas: háse estraido mutilada la una de entre las ruinas de las edades, y la otra no ha recibido aun del porvenir su perfeccion.

»Acaso, ancianos amigos míos, virtuosos habitantes del desierto, extrañareis que en la narracion de mis viajes no os haya hablado una sola vez de los soberbios monumentos de la naturaleza.

»Habiendo subido un día á la cumbre del Etna, volcán que rompe en medio de una isla, vi al sol levantarse á mis piés en la inmensidad del horizonte, la Sicilia reducida á la aparente dimension de un punto, y el mar que se dilataba á lo lejos en los espacios sin límites. En aquella vista perpendicular del cuadro, los rios me parecían las líneas geográficas trazadas sobre un mapa; y mientras mi vista descubría por un lado aquellos objetos, abismábase por otro en el cráter del Etna, cuyas ardientes entrañas descubría entre las impetuosas bocanadas de un negro vapor.

»Un joven lleno de pasiones, sentado á la boca de un volcán, y llorando sobre los mortales, cuyas frágiles moradas veía á sus piés, es ciertamente, ¡oh ancianos! un objeto digno de vuestra compasion; pero sea lo que fuere lo que penseis de René, este cuadro os presenta la imágen de su carácter y existencia; así pues, he tenido constantemente á mis ojos una creacion, á la vez inmensa é imperceptible, y un abismo abierto á mi lado.»

Habiendo pronunciado estas palabras, René calló y cayó súbitamente en su habitual abstraccion. El padre Souëlle miraba con asombro, mientras el anciano y ciego saquem, que no le oía hablar, no sabia á qué atribuir su inesperado silencio.

René tenía fija la vista en un grupo de indios que atravesaban alegremente la llanura. Enternecióse de improviso, las lágrimas anegaron su semblante, y exclamó:

«¡Bienhadados salvajes! ¡ah! ¿porqué no me es dado gozar de la paz que siempre os acompaña? Mientras yo recorría con tan escaso fruto tantas regiones, vosotros, sentados tranquilamente en vuestras encinas, veiais deslizarse vuestros días, sin contarlos. Vuestra razon se ajustaba á vuestras necesidades, y llegabais con mas seguridad que yo al resultado de la sabiduria, bien así como el niño entre los juegos y el sueño. Si esa melancolía que nace del exceso de felicidad, se insinuaba alguna vez en vuestra alma, desechabais en breve esa pasajera tristeza, y levantando al cielo la vista, buscabais con ternura al Ser desconocido que se apiada del pobre salvaje.»

La voz de René espiró de nuevo, y su cabeza se inclinó sobre el pecho. Chactas, alargando su mano en la sombra, y tomando el brazo de su hijo, le dijo con voz conmovida: «¡Hijo mio! ¡querido hijo mio! A estos acentos, el hermano de Amelia volvió en sí, y avergonzado de su turbacion pidió á su padre le perdonase.

El anciano salvaje le respondió: «Jóven amigo ¡mio! los movimientos de un corazón como el tuyo no pueden ser iguales; modera, sin embargo, ese carácter que tanto te ha perjudicado ya. Si las cosas de la vida te causan mas impresion que á otros, no debes asombrarte, porque un alma grande debe contener mas dolores que una pequeña. Continua tu narracion. Puesto que nos has hecho recorrer una parte de Europa, danos á conocer tu patria. Sabes que conozco la Francia, y que me unen á ella lazos indisolubles; grato, pues, me será oír hablar de



aquel gran gefe (1) que ya no existe, y cuya soberbia cabaña he visitado. Yo, hijo mio, solo vivo ya por la memoria; un viejo con sus recuerdos se asemeja á la encina decrepita de nuestros bosques, que ya no se adorna con su propio follaje, sino que encubre algunas veces su desnudez con las plantas extrañas que han vejetado sobre sus antiguas ramas.»

Calmado por estas dulces palabras, el hermano de Amelia reanudó en estos terminos el hilo de la historia de su corazon.

«Ah, padre mio! No puedo hablarte de ese gran siglo, cuyo fin he visto en mi niñez, y de que ningun recuerdo se conservaba ya cuando regresé á mi patria. Nunca se ha verificado en pueblo alguno un cambio mas sorprendente y repentino. De la elevacion del genio, del respeto á la Religion y de la gravedad de las costumbres, habíase descendido súbitamente á la frivolidad, la impiedad y la corrupcion.»

«En vano, pues, habíame prometido encontrar en mi país algo que calmase esta inquietud, este ardor de deseos que por donde quiera me persiguia. El estudio del mundo nada me habia enseñado, y no obstante, no abrigaba la tranquilidad de la ignorancia.»

«Mi hermana, por su parte, merced á una conducta inexplicable, parecia complacerse en aumentar mi tedio, pues se habia ausentado de Paris algunos dias antes de mi llegada. Escríbele anunciándole que me proponia ir á reunirme á ella, pero se apresuró á contestarme disuadiéndome de mi propósito, so pretexto de que estaba incierta acerca del lugar á donde la llamarían sus negocios. ¡Cuán tristes reflexiones hice entonces acerca de la amistad, que la presencia entibia, que la ausencia borra, que no resiste á la adversidad, y menos aun á la próspera fortuna!

«Así pues, no tardé en hallarme mas aislado en mi patria que en los países extranjeros. Quise arrojarle durante algun tiempo á un mundo que nada me decia y no me comprendia. Mi alma, no gastada por pasion alguna, buscaba un objeto que la atrajese á sí; pero eché de ver que daba mas de lo que recibia. No se me exigia un lenguaje elevado ni un sentimiento profundo; ni yo me ocupaba de otra cosa que de rebajar, por decirlo así, mi vida para ponerla al nivel de la sociedad. Tratado por todos de espíritu novelesco, avergonzado del papel que representaba, y cada vez mas disgustado de los hombres y de las cosas, tomé el partido de retirarme á un arrabal, para vivir enteramente ignorado.»

«Al principio hallé bastante placer en aquella existencia oscura é independiente, y como de todos era desconocido, me confundia con la multitud, vasto desierto de hombres.»

«Muchas veces, sentado en una iglesia poco frecuentada, pasaba en meditacion horas enteras. Allí veia llegar mujeres desvalidas que se arrodillaban en presencia del Altísimo, ó á los pecadores que se postraban en el tribunal de la penitencia. Nadie sabia de aquel lugar sin rostro mas tranquilo, y los soridos clamores que en lo exterior se oian, se asemejaban á las olas de las pasiones y de las tempestades del mundo, que iban á estrellarse al pié del templo del Señor. ¡Gran Dios! Tú, que viste correr en secreto mis lágrimas en aquellos sagrados retiros, tú sabes cuantas veces me arrojé á tus piés para suplicarte me descargasas del peso de la existencia, ó mudases en mí el hombre antiguo! ¿Quién no ha sentido alguna vez la necesidad de rejuvenecerse en las aguas del torrente, de regenerar su alma en la fuente de vida? ¿Quién no se siente alguna vez abrumado bajo el peso de su propia corrupcion, é incapaz de dar cima á nada grande, noble y justo?

Al acercarse la noche, tomaba el camino de mi albergue y me detenia en los puentes para ver poner

(1) Luis XIV.

se el sol, que inflamando los vapores de la ciudad, parecia oscilar lentamente en medio de un fluido de oro, como la péndola del reloj de los siglos. Retirábame luego al cerrar la noche, al través de un laberinto de calles solitarias, y al mirar las luces que brillaban en las moradas de los hombres, me trasladaba con la fantasia á las escenas de dolor y de alegría que alumbraban, y me asaltaba la idea de que debajo de tantos techos habitados no tenia un solo amigo. En medio de mis reflexiones sonaban la horas con acompasados golpes en la torre de la catedral gótica, y se repetian en todos los tonos y á todas las distancias, de iglesia en iglesia. ¡Ah! Cada hora en la sociedad abre un sepulcro y hace derramar lágrimas.

«Este género de vida, que al principio me habia embelesado, no tardó en hacerse insostenible, pues me hastié de la repeticion de unas mismas escenas y de unas mismas ideas. Dedicuéme, pues, á sondear mi corazon, y á preguntarme qué deseaba. Yo no lo sabia, pero cediendo á un súbito impulso, me di á creer que los bosques me serian deliciosos; y héme aquí resuelto á terminar en un destierro campestre una carrera apenas empezada, y en la cual, no obstante, habia devorado siglos enteros.»

«Abracé este proyecto con la vehemencia que caracteriza todos mis proyectos; y partí presuroso para sepultarme en una cabaña, como habia partido en otro tiempo para dar la vuelta al mundo.»

«Acúsanme de que abrigo inclinaciones inconstantes, de que no puedo disfrutar mucho tiempo de la misma quimera, de ser juguete de una imaginacion que se apresura á llegar al fondo de mis placeres, como si temiese su duracion; censúraseme de que estralimito siempre el objeto á que consigo llegar; ¡ah! yo busco únicamente un bien cuyo instinto me persigue tenaz. ¿Es culpa mia el hallar en todas partes estrechos limites, y que todo lo finito sea para mí de ningun valor? No obstante, conozco que amo la monotonia de sentimientos; y si tuviese aun la locura de creer posible la felicidad, la buscaria en la costumbre.»

«La soledad absoluta y el espectáculo de la naturaleza me abismaron en breve en un estado indefinible. Sin parientes y sin amigos en la tierra, y no habiendo amado aun, me sentia abrumado de una superabundancia de vida. Algunas veces me ruborizaba súbitamente, y sentia correr por mi corazon arroyos de ardiente lava; otras, prorumpia en gritos involuntarios, y turbaba la noche con mis sueños y mis insomnios. Faltábame un ser que llenase el abismo de mi existencia: bajaba á los valles, subia á las montañas, y llamando con toda la fuerza de mis deseos al objeto ideal de un amor futuro, lo abrazaba en los vientos, creia escucharlo en el murmullo de las aguas; todo era para mí ese imaginario fantasma: los astros en los cielos, y el principio mismo de la vida en el universo.»

«Y sin embargo, este estado de calma y agitacion, de indigencia y riqueza, no carecia de encantos: entreteníame un dia en deshojar una rama de sauce á la margen de un arroyo, y procuraba aplicar una idea á cada hoja que la corriente arrastraba. Un monarca que teme perder su corona en una súbita revolucion, no experimenta ansias mas vivas que las mias, á cada accidente que amenazaba los frágiles despojos de mi rama. ¡Oh debilidad de los mortales! ¡Oh niñez del corazon humano, que nunca envejece! A tal grado de puerilidad puede descender nuestra soberbia razon, que muchos hombres cifran sus destinos en cosas de tan escasa valia como mis hojas de sauce.»

«¿Cómo, empero, expresar esa multitud de sensaciones fugitivas que experimentaba en mis paseos? El rumor de las pasiones en el vacío de un corazon solitario, aseméjase al murmullo de los vientos y las aguas en el silencio de un desierto: gózase de él, mas no es posible pintarlo.»

«El otoño me sorprendió en medio de estas incer-

tidumbres, y entré con íntimo regocijo en el mes de las tempestades. Ya hubiera querido ser uno de esos guerreros que vagaban en medio de los vientos, las nubes y las fantasmas; ya envidiaba la oscura suerte del pastor, á quien veia calentar sus manos al humilde fuego de las malezas que habia encendido en el bosque, y escuchaba absorto sus cantos melancólicos, que me recordaban que el canto natural del hombre es triste en todos los países, aun cuando exprese la felicidad. Nuestro corazon es un instrumento incompleto, una lira falta de cuerdas, en que nos es forzoso producir los acentos de la alegría con los tonos destinados á los lamentos.»

«Durante el dia me extraviaba en las espaciosas frondosidades, que terminaban en enmarañados bosques. ¡Cuán livianos motivos necesitaba para delirar! Una hoja seca que el viento arrebatava delante de mí; una cabaña cuyo humo se elevaba sobre las desnudas copas de los árboles; el musgo que se estreñecía al soplo del Norte en el tronco de una encina; un peñasco distante; un estanque desierto en cuyas aguas murmuraba el abandonado junco. La campana solitaria que descollaba á lo lejos en el valle, atraia muchas veces mis miradas; muchas, seguia con la idea las aves de paso que volaban sobre mi cabeza, y al representarme las costas ignoradas y los remotos climas á donde se dirigian, hubiera querido volar sobre sus alas. Atormentábame un secreto instinto, pues conocia que yo era tambien un viajero, pero me parecia escuchar una voz del cielo que me decia: «¡Hom-bre! la época de tu emigracion no ha llegado aun: espera que se levante el viento de la muerte, y entonces desplegarás tu vuelo hácia esas regiones desconocidas que tu corazon ansia recorrer.»

«¡Levantaos pronto, anheladas tempestades, que debeis lanzar á René á los espacios de otra vida!»

«Y así diciendo, caminaba con acelerado paso y en cendido rostro, mientras el viento silbaba en mi cabellera, sin sentir ni la lluvia ni las escarchas, abstraído, atormentado, y como poseído del demonio de mi corazon.»

«Y cuando durante la noche el aquilon estremecia mi cabaña, y la lluvia se desgajaba á torrentes sobre mi inseguro techo; cuando á través de mi ventana veia la luna surcar las aglomeradas nubes, á la manera de la nave que hiende las inquietas olas, parecíame que la vida redoblaba en el fondo de mi corazon, y me sentia dotado del poder de crear nuevos mundos. ¡Ah! ¡Si me hubiera sido posible compartir con otro los trasportes que experimentaba! ¡Dios mio! ¡Si me hubieses dado una mujer segun mis deseos; si como á nuestro primer padre, me hubieses traído por la mano á una Eva, sacada de mi mismo.....! ¡Hermosura celestial! ¡yo me hubiera arrodillado á tus plantas; y tomándote luego en mis brazos, hubierauplicado al Eterno que te concediese el resto de mi existencia!»

«¡Ah! ¡Yo me hallaba enteramente aislado en la tierra! Una oculta languidez se apoderaba de mi cuerpo, y el tedio á la vida que me habia perseguido desde mi niñez, se reproducia con nueva fuerza; mi corazon cesó de suministrar pábulo á mi cabeza, y no tenia otra conciencia de mi ser que un profundo sentimiento de hastío.»

«Durante algun tiempo luché con mi mal, pero con indiferencia y sin una firme resolucion de vencerlo, hasta que por último, no pudiendo encontrar un remedio á la extraña herida de mi corazon, que se hallaba en todas partes y en ninguna, resolví abandonar la vida.»

«Sacerdote del Altísimo, que me escuchas, perdona á un desgraciado á quien el cielo habia casi privado de la razon. Yo estaba lleno de religion, y no obstant e razonaba como un impio; mi corazon amaba á Dios, pero mi entendimiento le desconocia; mi conducta,

mis discursos, mis sentimientos é ideas eran tan solo contradiccion, tinieblas y mentira. Pero, ¿sabe siempre el hombre con seguridad lo que quiere, y está siempre cierto de lo que piensa?

«Todo me huia á la vez: la amistad, el mundo y el retiro. Habia ensayado todo, y todo me habia sido igualmente fatal. Rechazado por la sociedad y abandonado de Amelia, cuando llegó á faltarme la soledad, ¿qué me quedaba? La soledad era la última tabla en que habia esperado salvarme, y la veia hundirse tambien en el abismo.»

«Decidido á descargarme del peso de la vida, resolví emplear todo mi raciocinio en la perpetracion de este crimen. Y como nada me apresuraba, no señalé el momento de la partida, á fin de saborear detenidamente los últimos momentos de mi vida, y á ejemplo de un antiguo, recoger todas mis fuerzas, para sentir como se escapaba mi alma.»

«Sin embargo, creí necesario tomar disposiciones relativas á mi fortuna, lo cual me obligó á escribir á Amelia. En la carta me abandoné á algunas quejas acerca de su olvido, y dejé sin duda traslucir la ternura que paulatinamente iba apoderándose de mi corazon. Creí, sin embargo, haber ocultado bien mi secreto; pero mi hermana, acostumbrada á leer en los pliegues de mi alma, lo adivinó fácilmente, pues la habian alarmado el singular lenguaje de mi carta y ciertas preguntas relativas á negocios, porque nunca me habia ocupado de ellos. Así, pues, en lugar de contestarme, vino á sorprenderme.»

«Para apreciar debidamente cuál fue en lo sucesivo la amargura de mi dolor, y cuáles fueron mis primeros arrebatos al volver á ver á Amelia, debeis no olvidar que ella era la única persona á quien habia amado, y que todos mis sentimientos se refundian en ella con toda la dulzura de los recuerdos de mi niñez. Recibí, por consiguiente á Amelia con una especie de éxtasis de corazon: ¡hacia tanto tiempo que no habia encontrado un ser que me entendiese, y á quien descubrir mi alma!

«Amelia se arrojó en mis brazos, y me dijo: «¡In-grato! ¡quieres morir, mientras tu hermana existe! ¡Desconfias de su corazon! No te expliques, ni te excuses, pues he adivinado todo, como si hubiese permanecido á tu lado. ¿Quieres engañarme, siendo así que he visto nacer tus primeros sentimientos? ¡Hé aquí tu desgraciado carácter, tus displicencias, tus injusticias! Jura, mientras te estrecho en mis brazos, que esta es la última vez que te entregarás á tus locuras; jura que jamás atenderás contra tus días.»

«Al pronunciar estas afectuosas palabras, Amelia me miraba con compasion y ternura, y cubria de besos mi frente; parecia una madre, ó algo mas tierno aun. ¡Ah! Mi lacerado corazon volvió á abrirse á todas las alegrías, y á semejanza de un niño, solo pedia ser consolado; cedí, pues, al ascendiente de Amelia, que me exigió un juramento solemne; pronuncie sin titubear, y sin sospechar siquiera que podia tornar á ser desgraciado.»

«Mas de un mes tardamos en acostumbrarnos al placer de vernos reunidos. Cuando todas las mañanas, en lugar de hallarme solo, oia la voz de mi hermana, experimentaba un estremecimiento de alegría y felicidad, pues Amelia habia recibido de la naturaleza cierta cosa divina; su alma estaba dotada de las mismas gracias inocentes que su cuerpo; la dulzura de sus sentimientos era infinita; su carácter era bondadoso y un tanto melancólico, pudiendo decirse que su corazon, su pensamiento y su voz suspiraban de concierto: habia recibido del cielo la timidez y el amor de la mujer, y la pureza y la melodia del ángel.»

«Habia sonado la hora en que debía expiar todas mis inconsecuencias. En mi delirio habia llegado á desear que me sobreviniese alguna desgracia, para tener á